**El Juicio Del Viñedo**

 Ocurrió que, cierto día, el propílico Abad Di Lamare, dueño de la más grande extensión de viñedos del Sur, invitó a un viejo amigo, el caminante Haladdí, a pasar la tarde degustando placeres en sus campos.

 Ambos se hallaban en el balcón del palacio, viendo el cielo destilar tonos anaranjados por sobre las plantaciones y disfrutando de las comodidades que la servidumbre les proveía. Enternecido por ese paisaje vasto, y por la visión de lo que había logrado su riqueza, el Abad habló.

 -Esto... Esto de aquí, es la felicidad. El buen vino, añejado por el viejo roble, deleitando el paladar. El descaso solicito de la vejez; el saberse exento de obligaciones y deberes. Levantarse en la mañana, estirarse, y sentir la suave caricia del sol desde la ventana: ver los viñedos, a los trabajadores, verlos sudar y sentir que todo el mundo funciona como debería. Ser uno con los dioses, desde la tierra.

 Pero mucho le sorprendió que su invitado se mostrara desdeñoso.

 -No opino igual.

 -¿Ah si? ¿Y que es la felicidad para ti entonces?

 -Para comenzar, déjame decirte que desde tu riqueza te falta ambición. Tienes tus campos, si, tus uvas y tu vino, y todos tus sirvientes se desviven para complacerte. ¿Pero que sobre lo que hay más allá? ¿Qué hay sobre el mundo y sus delicias, sobre aquellas tierras y continentes que nunca has pisado, aquí echado en tu camastro día tras día? Puedo asegurar, con una mano en el corazón, que has descansado bien. Pero la felicidad no es descanso. Yo he viajado cien, mil, incontables millas, y sobre el mar he dejado mi espíritu volar libre. He conocido a personas débiles y fuertes, a enfermos y sanos, me he abrazado con los hombres del viejo y el nuevo continente por igual. He vivido. Tú simplemente has estado. Porque, para empezar, no puedes ser uno con los dioses si no los comprendes. Y no puedes comprenderlos si no observas su creación, si no te sometes a ella. Cuando entiendes de la maldad que habita más allá de tus campos, allí comprendes del todo que la misma malicia habita en los ojos de Dios. Pero hasta ese momento, no puedes abrazar al mundo.

 -¿Malicia?- rió el Abad, e hizo una seña a uno de sus sirvientes: un hombre de piel tosca, alto y fuerte como un roble, que sin lengua esperaba tras la columna la más mínima de las indicaciones, en cueros y mostrando su espalda herida por el látigo- Hermenegildo, acércate. Muéstrale a nuestro invitado las marcas. ¿Lo ves? Toma, siéntelas con la mano. Son surcos profundos, bien profundos, como los arados que poseo. Yo sé lo que es la maldad. Sin maldad, no podría conservar nada de lo que aquí ves. Si mi servidumbre me ama, como bien lo admites, es porque saben que puedo ser malvado. Y en lo demás, me sorprende tu ceguera. *“Ver el mundo”* dices, como si cada día no se abriera el mundo frente a mis ojos. Estar, no vivir, dices. Pero yo estoy vivo. Esto que vez aquí, que yo vivo cada día, esto es el mundo. Mira. Allí, a lo lejos, se divisan unos puntos: son algunos de mis viñadores. Conozco todos sus nombres, y sus delirios. Conozco sus tristezas. A Joan, por ejemplo, le esperan días difíciles. Su esposa está a días del parto. Lo sé; pero aparte lo noto en su labor, en sus músculos tensos, en el sudor que corre por su frente. No es un sudor normal, pues él ya es amigo del sol. Ese sudor viene de su preocupación, y yo le daré una mano para aliviarlo, con mi dinero, con mi bonanza. Tú, que has recorrido el mundo, no conoces de esa alegría. La alegría de un hogar. De tener un sitio propio, una parte de ti mismo engarzada en esta tierra en donde habitas, ordenada meticulosamente a tu gusto, donde eres obedecido y respetado, donde eres rey y demonio. ¿Por qué conocerlo todo debe ser felicidad? Asumes, de antemano, que hay algo que vale la pena conocer. Pero la felicidad es algo que se halla en el alma de cada uno. Al conocer al mundo, terminas por contaminar tu alma y perderla. El mundo es cruel, amigo mío. El mundo está lleno de congojas ajenas, y las congojas ajenas son las que mas dan hastío a la mente. A mí, para ver al mundo, me basta con mi arte: los trazos de mi pincel en el blanco, o las melodías compuestas por los grandes maestros. Asi, puedo hacer de mí existir una cosa bella.

 -¡Bella! –se burló el caminante- Eso no es felicidad, y bien tú lo sabes. Lo que tú confundes con gozo es pompa y realce, lo que crees que es verdad; encierro, y todo tu valor se vuelve miedo ante quien ha podido dejar la burbuja que le contrae. ¿Qué es el arte sino un simple descargo, una mano que se eleva por los cielos en busca de algo con lo que aferrarse a este vivir en constante hundimiento? Desde tu fortaleza, gran señor de los viñedos, te has afirmado a ti mismo “He descubierto lo que es la felicidad” mil veces frente al mismo espejo, ¿pero quien aquí puede oírte? Tu servidumbre te teme, te respeta y te ama; asi como los primeros hombres debieron amar a Dios en el Jardín del Paraíso; pero dime, ¿crees que ese Dios era feliz, tan feliz como tú clamas serlo? La verdad es muy diferente. La felicidad tampoco es plenitud, como presumes, ni arte. Existe algo, más allá de uno mismo, algo que rebalsa el alma y el hogar y que es inalcanzable; y allí se encuentran los caminos que a uno lo acercan a obtener su máximo anhelo. Te contaré, ya que la situación lo amerita, una pequeña trivialidad de mi juventud: me hallaba yo de paseo por los grandes palacios del Abad Di Faitan, en esas tierras calurosas que decidí visitar por desidia, por mi juvenil ignorancia, pero que tanto me enseñaron. Alli oí hablar en la calle de un famoso gurú que vivía al fondo del mercado, y que dormía dentro de una vasija. ¡Un Diógenes moderno!, me excité con anticipación, figurándome que iría a obtener su sabiduría o su sarcasmo. Al siguiente día, bien temprano, pues como sabes los hombres mas sabios madrugan, me dirigí hacia donde las indicaciones de un mercader me habían dispuesto el ermitaño anciano se hallaría. ¿Y sabes con que me encontré?

 -Me costaría figurármelo.

 -¡En lo más mínimo! Encontré, entre un tumulto de harapos roñosos y liendres, a un mendigo encogido, tan quieto como una piedra y tan patético como cualquiera de ellos. No me transmitió dignidad, ni sabiduría, no me transmitió la calma del que ha realizado la máxima oferta a su existir; esa de comprender el mundo, ni amor ni gloria exhumaban de sus ojos lagañosos o del hueco apestoso por el cual expelía el fétido aire de sus pulmones. No, nada de ello; no era otro, desde luego, que el más indigno de los indigentes, en tal modo que concluí que me habían estafado, que otro había tomado el lugar de mi tan esperado ermitaño. Pero al darme vuelta, ya planeando en mi interior mi próximo destino y parada, aquella cosa; y digo *cosa* no en detrimento de su condición de hombre sino para ayudar a tu comprensión ya que, sin duda, a tus ojos tal fealdad solo podría ser una *cosa*, esto es, un algo sin referencia u proximidad en tu mundo de belleza; este estiércol viviente exhaló, y pareció reír, y pareció llorar, todo al mismo tiempo en un mejunje intolerable. Entonces le contemplé, pensando que se acercaba a su final, pobre criatura, y le oí decir claramente: *“¡He aquí el joven que mi sabiduría busca!”* a lo cual, puedes imaginarlo, respondí levantando una ceja. Pero entonces el sabio dijo: *“Te parezco indigno, seguramente, de prestarme un oído; pero mi sabiduría esta aquí: no es buena, no es mala, simplemente existe, me arrepiento de ser sabio, tengo hambre, me arrepiento de que mi saber sea el de arrepentirme, y ante todas esas cosas, sé.”*  Tal así fue lo que dijo.

 -¡Que hilaridad!- se llevó un puñado de uvas a la boca el Abad- Me figuro, pues, que más que un sabio era un loco, engañado de su propia sabiduría. Pues no existe saber alguno que no sea bueno, por definición, aquel que sabe debe tender a la bondad, en cambio aquel anciano, aquella cosa, como bien lo llamas, si bien uso la palabra en otros términos que refieren a su inútil abstracción, ese desafortunado ser envuelto en su rencor y su arrepentimiento no podría ser sabio alguno. Un sabio, ya lo creo, debe brillar; si el mendigo fuese un sabio, no dejaría sus costillas desnudas para revelar un punto tan insensato como la propia hambruna que mancilla su cuerpo; mas bien, habiendo conocido los dolores de la pobreza, estaría dando cátedra en las grandes Universidades, en los Bellos Foros, regalando a la humanidad su desconsuelo para que las futuras generaciones lo tomen. Es decir, creo yo que en esto podemos ponernos de acuerdo, que tu sabio, de sabio no tenía un pelo; era poco más que un hombre trivial; y bien puede ser que también fuese, como dije, un lunático. Ahora pasemos a tu punto, pues creo ser capaz de adivinar como piensas al compartir conmigo esta experiencia, y tu pensamiento funciona del modo siguiente: “Dice, mi amigo, que con su arte accede al mundo que es bello, pero la verdad, como mi loco, es a veces simplemente terrible.” ¿No es asi? Por tu expresión, creo que me acerco bastante a la idea original. Pero bien digo yo; ¿debo yo sumirme en esa desesperación, en ese olvido, en esa deshonra; tan solo para alcanzar a ver el mundo? La felicidad que dices haber obtenido tiene un precio demasiado grande, mucho mayor que la cantidad que obtendría al vender todos mis viñedos; y en este particular hago hincapié pues: ¿debo vender mi felicidad, para ser feliz? Aún asumiendo que, como dices, mis cuadros y mi preciado arte fueran solo pompa y realce, que estuviera en mi burbuja, oh Señor del Edén, no habría para mi consuelo alguno en ver a ese mundo de mendigos del que tanto te jactas. Sí, puede que tengas razón, soy un ciego. Pero bajo mis parpados existe la pintura más fresca, la más bella, los colores más variados. ¿Qué hay más allá? Sin duda, el mundo tiene sus delicias. Mira, junto a la damajuana de vino y mis exquisitas uvas, hay un poco de crema traída desde el oeste, cuyo valor se vuelve inconmensurable en estas tierras. También dispongo de mujeres, las mas bellas de todas, dispongo de diamantes, zafiros, engarces de una artesanía impecable; el orfebre Tal Malud, único en su especie, ha hecho para mi una corona que simula trenzar las mas frescas orquídeas, que pesa casi cinco kilates y en cuyo cebo tiene dispuestos los mas finos rubíes y esmeraldas. ¿No es todo esto que menciono lo bueno del mundo? Como mis servidores, como todo buen viñador, sé seleccionar el fruto bueno del malo; separo para mi lo que se puede convertir en embriago, y lo demás lo descarto, pues no sirve ni para las ratas. No tengo uso de los males de esta vida.

 >Pero, veo que me miras con mal rostro. ¿Qué juicio tienes ahora sobre mi comportamiento?

 -Sin más, que es el propio de un cobarde. Contrapones, en tu decisión, a tu bienamada felicidad y a la verdad del mundo, por lo que haré lo mismo para explicarte. Míralo como es: tú, señor de señores, elijes la ceguera, elijes la vanagloria vacía de tus lacayos y de tus riquezas, te regocijas en el hecho de estar ciego y de solo poder vislumbrar hermosura a tu alrededor. Sin embargo, toda la belleza que te rodea se vuelve fealdad ante un verdadero sabio. Tu oro, es injusticia, tus uvas, son hambruna, tus doncellas, abstinencia forzosa, tu alegría, la más profunda de las depresiones. Eres, para el mundo, una burbuja de cosas buenas; pero a quien conoce el mundo esa burbuja solo puede servirle de un espejo muy turbio, por el cual se deslizan los horrores que ya ha experimentado; y el paraíso de tus viñedos, mi amigo, se hace más bien similar a una burla, a la peor de las burlas que se han hecho durante toda la miserable existencia de la humanidad. Ve afuera, por unos segundos, y háblale a quienes sufren de tus pocas penas: los verás abalanzarse hacia ti y hender sus dedos en tu gordo cuello, presas de la ira, y más bien no tomarían lo que es tuyo sino que lo destruirían, chillando por venganza; no a ti, que no eres más que un cómodo hombre, sino de la desigualdad en la que siempre se han visto sumidos. Quien se halla en la cima de la montaña, sobre una pila de convalecientes, y no se atreve a mirar a quienes pisa, ¿puede llamarse algo más que un cobarde? Quien no ve los rostros que se hunden en la miseria, forzando su cuello a contemplar el encantador vuelo de los ruiseñores, ¿no es sino un necio, y nada más que un necio? Es irrelevante que tan hermoso sea, que tan feliz: la felicidad, en realidad, es un estado de plenitud, y el vanidoso jamás podría conseguirla. Solo puede decir, como tú lo haces, “Soy feliz”, y en ese autoconvencimiento girará su codicia, su vacío, su patético esfuerzo por no abrir los ojos ante su entorno.

 -Alto ahí- levantó su mano el Señor, cuya paciencia se colmaba- Ya tu perorata comienza a cansarme. Te pregunto yo entonces, que tanto te jactas de tu propia felicidad también, ¿Cuál es el punto de tal plenitud? Plenas son las cosas que rebalsan el alma, que le dan una alegría entrañable; el sufrimiento, el hambre, todas esas cosas que tanto te agradan, solo pueden volverte un cínico, solo pueden darte amargura. Es porque tu corazón se ha manchado con el mal trago de este mundo que no puedes ver mis viñedos y juzgarlos hermosos; y lo mismo ocurre, para ti, con cualquier bondad pura que se te presente, pues crees conocer el lado malo de todas las cosas y sientes que el niño es corrupto, que la mujer es infiel, que el trabajo un calvario y el descanso una vana distracción. Pero oh, amigo, ¿es el futuro una cosa terrible? Yo rechazo la maldad, asi de simple lo es todo. Nadie, jamás, me ha podido probar alguna ventaja en aceptarla. ¿Qué debe hacer este gordo y rico hombre para ti? ¿Sufrir? El sufrimiento no da alegría alguna, sino que corrompe, destruye. Las fuerzas del mal son aquellas que vuelven a la nada, el sufrimiento, que regresa el estado de paz a una carencia inadmisible, es quizás la peor de ellas; y esto lo sé pues muchos de mis esclavos hubiesen preferido la muerte a algunos de los castigos que mi mente diseño para sus cuerpos. ¡No puedes ser feliz sufriendo! Es simplemente asi, y no busques evitarlo. Dios ha hecho este mundo de una forma simple, lo bueno, lo malo, y la felicidad y la tristeza que corresponden a cada uno de los mismos. Que intentes retorcerlo no hace más que sorprenderme, y es un hecho que quienes sufren, desde luego buscan algún modo de ver el mundo que les justifique tal dolor, pero no necesito esos remedios en mi mente. Doy vuelta, ahora, la pregunta implícita de toda esta charla, la que veo tus ojos me hacen a cada rato con insistencia. ¿Eres tú feliz? ¿Eres tú feliz, con tu cinismo y tu desgracia, con ese mundo oscuro que llevas a cuestas? ¿Lo eres?

 Y esta vez fue el caminante quien se tardó un momento en contestar, agitando el vino de su copa. Pero al último, resuelto, habló.

 -Soy feliz, pues acepto gracia y desgracia por iguales.

 Pero su anfitrión pifió con disgusto.

 -Mientes, estoy convencido de que mientes. La verdad, quitada de tanta palabrería, es que nadie puede ser feliz sufriendo.

 Aquello hizo que, mordaz, el invitado contestase mientras dejaba aparte los bocados que le ofrecían.

 -Tal pensamiento no hace más que juzgar tu debilidad, mi amigo, que no puedes comprender por encima del placer. Tu miedo al dolor te detiene de alcanzar alguna grandeza. Eres como los sabios rechonchos, que hablan de pobreza sin haber pasado hambre, que hablan de penas sin haber amado. Es realmente tu inconsciencia el peor de los sufrimientos.

 -¡Con cuanto descaro hablas! En tus palabras, percibo la leve perfidia del envidioso. ¿Tal vez desearías ocupar este asiento, pasar un rato con mis bailarinas, beber el vino de mi vid? ¿Tal vez solo parloteas para convencerte de que tu existencia es más valiosa que mi placer?

 Al oir esas palabras el Caminante se incorporó, indignado.

 -Suficiente. Hablar contigo ha sido necio; me retiro a mi hogar.

 -Y me alegraría que no volvieses. Acompáñalo, Hermenegildo.

 El esclavo asintió, sumiso, y acompañó al invitado a dejar las propiedades sin despedirse, siguiendo su paso firme con apacibilidad. Se perdieron tras los decorados antiguos de los muros, por la oscuridad del pasillo, en dirección a los largos caminos que atravesaban los viñedos hasta los límites de aquel paraíso.

 El Abad Di Lamare, masticando la ira que aquella discusión le había producido, se llevaba uvas y más uvas a la boca, derramando el jugo, sin pensar en nada claro. Solo por casualidad, luego de unos minutos, sus ojos se clavaron en uno de sus cuadros, un cuadro que revelaba una ciudad hermosa, tal Cartagena, en donde el sol bañaba un puerto y los mercaderes discutían bajo el abrigo de un faro, y sus ojillos, antes secos por la rabia, temblaron al contemplarlo.

 Ya abajo, con el sol hundiéndose del otro lado del mundo y la oscuridad convirtiendo las aves en pequeños puntos de sombra, el Caminante y Hermenegildo avanzaban, el primero guiando a su guía, no dispuesto a dejarse llevar por nada de lo que allí había. La tierra húmeda, fresca, se hundía bajo las botas del hombre y bajo los pies descalzos del esclavo, y una brisa fría les suavizaba los calores del día, acariciándolos con sutileza.

 Dejaron atrás las plantaciones, los arados, y el camino subió hacia una colina. Ya era casi de noche, y sin embargo, Hermenegildo tuvo que ver al invitado detenerse de pronto, en esa altura, y volver hacia los viñedos y hacia la mansión que se recortaba en la distancia, bajo las estrellas, un rostro oculto y soñador.

 Y el hombre negó, y terminó por marchar sin palabras.

 Luego de eso, Hermenegildo, a paso ligero, regresó a su dependencia, a su magra choza de paja bajo el enorme abedul. Allí lo recibió su mujer, lavó sus heridas, le preparó el caldo de verduras que comerían, y regó su quietud con los relatos de lo que había ocurrido: la esposa de Joan, por ejemplo, había parido una hermosa niñita, y el viejo Gastor había conseguido por fin quitarle las malas hierbas al viejo árbol de tras el pozo después de años de renegar. Hermenegildo oyó todo esto, en calma; luego de comer ambos salieron, tendidos en la tierra húmeda, y de espaldas a los viñedos contemplaron todas las estrellas de ese vasto cielo, en silencio, bajo la música de la noche, fascinados hasta que cayeron dormidos bajo el amparo de la luna.